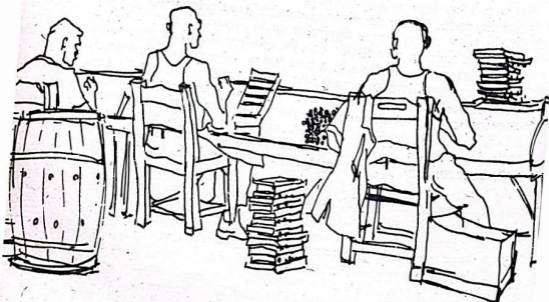


Significación política de Fernando Ortiz

LUIS ANGEL ARGÜELLES ESPINOSA



June 1932 1916

Animador y orientador, ha dotado a las generaciones que le han sucedido de una visión materialista de la realidad que ahora, a la luz de la revolución marxista-leninista que estamos realizando adquiere inusitados relieves.

José A. Portuondo.

Nuestro objetivo, con estas notas, es el de intentar resaltar la *significación política de la obra científica y la actividad pública* de Fernando Ortiz. No pretendemos presentar al sabio cubano ni como figura política —que no lo fue, ni necesitó serlo para que su nombre se recordara entre nosotros—, ni como un intelectual de ideología marxista —que no la tuvo, acaso porque suponía erróneamente, como algunos de sus maestros europeos, que el marxismo era insuficiente para explicar los fenómenos de la realidad, identificándolo de esta forma con el "economicismo".

En este caso, como en otros semejantes, debemos guiarnos por la indicación leninista acerca de las personalidades en la historia, la cual señala que debe juzgarse los méritos de los grandes hombres no por lo que no hayan dado, sino según lo nuevo que han aportado en comparación con sus predecesores. Y en cuanto a Ortiz, mucho —pero mucho— es lo nuevo que brindó en relación con sus antecesores.

Obra científica

Es evidente que su obra científica posee un carácter auténticamente cubano. Es, esencialmente, una respuesta a las apremiantes interrogantes nacionales de su momento histórico.

Distintos fenómenos históricos posibilitan y condicionan dicha obra: abolición de la esclavitud (pero fuertes prejuicios y limitaciones raciales), independencia política (pero mediatizada por el imperialismo norteamericano).

Como corresponde a un verdadero polígrafo, las investigaciones científicas de Fernando Ortiz comprenden tanto su obra etnológica (la fundamental) como sus trabajos económicos y políticos.

Desde muy joven supo lo que buscaba, y se trazó un amplio proyecto que pudo felizmente cumplimentar. En 1906, aparece su libro *Los negros brujos*, donde se plantea ya el problema negro en nuevos términos. En la obra se considera que las prácticas de la brujería de los descendientes de africanos son una expresión de parecido significado que las supersticiones traídas del Viejo Continente por los conquistadores. Como bien ha señalado Julio Le Riverend, "a partir de la obra de Ortiz la composición étnica cubana que en general se presentaba bajo espaciosos argumentos de carácter racial, tendría que discutirse en el terreno de la interpretación de los he-

chos". En esta obra inicial, el joven científico trató de desentrañar los factores de la "mala vida cubana", y aunque enfatiza en el supuesto atavismo hampesco de los africanos —aspecto que superará en estudios superiores—, no olvida tampoco los aportes de los europeos y asiáticos en ese sentido.

Posteriormente, al ir profundizando en el estudio de las distintas contribuciones de los descendientes de africanos a nuestra cultura (tanto material como espiritual), nos fue demostrando Ortiz de manera científica, objetiva, y por tanto contundente, cómo dichas contribuciones no fueron injertadas en una preexistente cultura cubana, sino que estas eran concurrentes con los aportes europeos, en su vertiente española.

A una sociedad cuyas clases dominantes estaban culturalmente hispano-norteamericanizadas, le puso en duda la creencia firmemente arraigada —consecuencia, en última instancia, de la esclavitud de los negros africanos— de que lo hispano era el único elemento conformador de nuestra cultura. Por tal motivo, sería criticado por diversos sectores sociales: Se llegó a decir que sus estudios perseguían fines electorales e, incluso, lujuriosos.

El resultado de varias décadas de investigaciones relativas a la integración étnica de nuestro pueblo encontró reflejo bibliográfico hacia los primeros años de la década del 50, cuando aparece su extraordinaria serie de estudios sobre la cultura mestiza de Cuba: *La africanía de la música folklórica de Cuba* (1950), *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* (1951) y *Los instrumentos de la música afrocubana* (en 5 tomos, 1952-1955).

El propio autor estaba consciente, desde sus inicios, de que esta obra etnográfica era la base científica indispensable para poder fundamentar los criterios acerca de una mayor integración nacional. Y no podemos ignorar la significación que esta labor tenía para la consolidación de nuestra nacionalidad. Ortiz no desconocía la interrelación existente entre la cultura y la política. Por experiencia directa sabía la enorme resistencia que sus verdades científicas tuvieron que enfrentar ante los intereses de clase, los prejuicios y la ignorancia generalizada.

Para Don Fernando Ortiz la salvación de lo cubano se encontraba en el conocimiento de la identidad cultural. Por tal motivo, rechaza no tan sólo al imperialismo económico sino también a todo intento de penetración ideológica. Así, llega a plantear que los cubanos debemos "conocernos a nosotros mismos y de aquilatar nuestras esencias, para mantener puras las de valor sustantivo y perenne y apartar aquellas que, nuestras o extrañas, sean de pútrida ranciedad o traigan a nuestra vida una letal ponzoña". Comprendía Ortiz que en los pueblos jóvenes, pequeños e indefensos, como el nuestro, debía desarrollarse, de modo incesante, una fuerte conciencia nacional a través del conocimiento de las raíces culturales. Otras figuras de su generación (por ejemplo, Emilio Roig de Leuchsenring)

venían alimentando este acentuamiento de lo nacional a través de la divulgación de nuestra historia heroica.

En 1940 publicó Fernando Ortiz su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Era un esquema de la historia económica y social de Cuba, tomando como base el desarrollo de sus dos principales productos. En la obra se describían las consecuencias del monocultivo dominado por las sociedades anónimas extranjeras, y se le vinculaba con las condiciones sociales existentes en aquella república. El doctor Julio Le Riverend ha dicho que los marxistas cubanos vieron en el *Contrapunteo* "una alta expresión de una actitud radical que intentaba incorporarse a lo mejor del pensamiento científico revolucionario". En efecto, esta obra, de hondo contenido socioeconómico, constituía un hito necesario que posibilitaría posteriores y penetrantes análisis de nuestra realidad nacional.

El libro fue publicado, a principios de 1947, en inglés, con el título de *Cuban Counterpoint*. Existe una anécdota que el propio Ortiz refirió más tarde al editor norteamericano de esta obra. En febrero de 1947 —época del maccarthysmo y de la "guerra fría"— le visitó un corresponsal de la revista norteamericana *Time* con objeto de hacer una reseña sobre el autor de este ensayo. Pero sucedió que dicho corresponsal le hizo un interrogatorio de tipo policíaco. Por ejemplo, le preguntó si él era enemigo de Wall Street, cuántos cuartos tenía su casa, si poseía automóvil, etc.... Ortiz, por su parte, le respondió que todo lo que tenía que decir de Wall Street estaba ya escrito en su libro, agregando que sería muy grato que el azúcar de Cuba se refinara aquí en la isla, que sería lo más lógico y económico en beneficio de los dos pueblos y otras cosas por el estilo.

Dentro de la obra científica de Fernando Ortiz, de gran trascendencia política, no podemos dejar de mencionar su libro *El engaño de las razas* (1946), el cual tuvo una gran repercusión tanto en Cuba como en el extranjero. En esta obra demuestra, en lenguaje inteligible y con rigor científico, cómo las razas, tal como las consideraban los fascistas, en realidad no existen. En el prólogo a este libro señalaba Ortiz que quiere la honra de sumarse a quienes trabajan "por una humanidad mejor y más dueña de sí, contribuyendo en lo posible a dilucidar la falsía de las razas y de sus expresiones y la desintegradora función de los racismos contemporáneos".

Esta obra constituye un arsenal ideológico de suma importancia contra la discriminación racial y, por tal motivo, contribuye a la consolidación de nuestra sociedad nacional. No sólo en este ensayo, sino también en artículos, charlas, e instituciones, desplegó el sabio cubano una gran actividad contra las ideas racistas.

Su obra científica trascendía las fronteras nacionales y provocaba una resonancia universal, especialmente en Latinoamérica y el Caribe. Hasta 1951, el sabio haitiano Jean Price-Mars lanzó la idea de proponerlo para el Premio Nóbel de la Paz, porque era un "obrero que desde hace cincuenta años trabajaba por la armonía universal".

Y el antropólogo Roger Bastide se refirió a él diciendo que "más que un hombre de ciencia, ha sido un hombre que ha puesto la ciencia al servicio de su patria, de la humanidad y de las relaciones entre África y Occidente".

Sin lugar a dudas, Fernando Ortiz, situado desde los primeros momentos en el movimiento científico-cultural progresista de la etapa prerrevolucionaria, hace política, a su modo peculiar, utilizando la ciencia y la cultura como sus mejores armas.

Animador de la ciencia y la cultura

El esclarecido sabio cubano no tuvo una posición intelectualista. Al contrario, trató de divulgar los conocimientos científicos utilizando distintas vías, tanto a través de organismos oficiales como de instituciones que no lo eran, valiéndose ya de la prensa como de la tribuna. Enumeremos, a continuación, algunas de las empresas más sobresalientes que vieron la luz gracias a su gestión personal.

Hacia 1913 inicia la aparición de la "Colección Cubana de Libros y Documentos Inéditos o Raros" que constituye, con la posterior "Colección de Libros Cubanos", un gigantesco esfuerzo que posibilita el conocimiento por nuestro pueblo de obras cubanas fundamentales. Gracias a esta labor, aparecen las obras de José María de la Torre, Pedro Guiteras, Saco, Humboldt, O'Kelly Vidal Morales, etc.

Funda Ortiz importantes revistas, tales como *Archivo del Folklore Cubano*, (la cual dirige durante los años de vida de esta publicación, 1924-1930), *Surco* (que tiene una vida efímera, 1930-31, pues su fundador tiene que emigrar debido a la dictadura machadista), *Ultra* (que aparece desde julio de 1936 hasta marzo de 1947), *Estudios Afrocubanos* (publicación que circula durante los años 1937-40 y 1945-46), y *Cuba y la URSS* (1945-1952). Especial relevancia tiene, en esta esfera, su labor continuadora, a partir de 1910, de la *Revista Bimestre Cubana*, iniciada por José Antonio Saco en el siglo XIX, y de la cual fue Ortiz director por espacio de 50 años.

Crea Fernando Ortiz, además, importantes organizaciones culturales, como la Institución Hispano-Cubana de Cultura (1926), la Sociedad de Estudios Afrocubanos (1936), el Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos (1934, en México) y el Instituto de Intercambio Cultural Cubano-Soviético (1945). A su vez, despliega gran actividad en otras sociedades e instituciones nacionales de las cuales fue miembro, tales como la Sociedad Económica de Amigos del País (en la cual llega a ocupar la presidencia de esta institución desde 1923 hasta 1932), la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (de la que fue socio-fundador), la Academia de Historia de Cuba (en la que es académico de número en 1910 y ocupa su presidencia en el 1926), la Academia Cubana de la Lengua (de la que también fue socio-fundador), la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, el Consejo Asesor de Bellas Artes y Museos Nacionales, la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (presidente) y la Junta de Patrones de la Biblioteca Nacional. Ya con el triunfo

de la Revolución, integra la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba.

De todas estas sociedades e instituciones, hay que destacar la actividad desarrollada por la Institución Hispano-Cubana de Cultura (I.H.C.). Por su tribuna desfilarían los más sobresalientes intelectuales españoles, latinoamericanos y cubanos. Allí dictan conferencias los intelectuales extranjeros Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Gabriela Mistral, Fernando de los Ríos, David Alfaro Siqueiros, Wenceslao Roces, Ramón Menéndez Pidal, Alfonso Reyes y Juan Bosch, entre muchos otros. Asimismo, destacadas personalidades nacionales de tendencia progresista, incluyendo a comunistas, hacen uso de esta tribuna. Mencionemos a figuras como Alejo Carpentier, Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring, Salvador García Agüero, Salvador Massip, Manuel Bisbé, Mirta Aguirre, Benigno Souza, Juan Pérez de la Riva, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio Portuondo y Julio Le Riverend.

Finalmente, en este aspecto, hay que mencionar que la propia casa de Fernando Ortiz constituyó una peña *sui generis*, a la que concurrían jóvenes y viejos, intelectuales y políticos, en busca de orientaciones para sus tareas cotidianas. Recibía, además, multitud de correspondencia, tanto de especialistas como de estudiantes, solicitándole información sobre las más diversas materias, y a todos, en lo posible, trataba de complacer.

Actividad política

Ante la realidad neocolonial de la república, Don Fernando adoptó una posición crítico-constructiva. Es decir, no se limitó a la denuncia de sus males, sino que propuso, al mismo tiempo, soluciones de corte progresista.

En todo un período inicial, frente a la política imperialista intenta oponer la cultura, la honestidad, la educación y la virtud para que ellas sirviesen de valladar ante las prácticas ingerencistas de los Estados Unidos. A tal efecto, léase su libro *Entre cubanos (psicología tropical)*, 1913, donde se agrupan 42 trabajos publicados en los años precedentes que reflejan estas proposiciones.

Estas ideas sobre la potencialidad de la cultura se hallan expuestas, de modo manifiesto, en su discurso pronunciado en la Sociedad Económica de Amigos del País el 9 de enero de 1914 ("Seamos hoy como fueron ayer") y también en su artículo-programa "La crisis política de Cuba. Sus causas y sus remedios" (1919). En este trabajo, analiza los factores de índole sociológica, política, internacional, social y demopsicológica que percibe vinculados a las causas de la crisis republicana. En su afán de culturalizar al país y de incorporarle los conocimientos científicos de la época —pues supone que la isla podría alcanzar igual desarrollo que los Estados Unidos—, llega a plantear que debemos americanizar nuestra cultura si no queremos americanizar nuestra bandera. "Americanicémonos —dice— para no ser americanos".

A partir del 1915, se incorpora al Partido Liberal que considera como el más apropiado a todas sus insatisfacciones y esperanzas idealizadas. En 1917 es elegido representante a la Cámara de la que llegó a ser vicepresidente. Como legislador propuso varias leyes: prohibición del juego con apuestas, supresión del fraude en la Lotería, regulación de ventas de azúcar al extranjero, creación del Consejo Nacional del Trabajo, reorganización del sistema educacional, etcétera. Pero ninguna fue aprobada. En este órgano, además, pronunciaría discursos memorables. Así, en la discusión de un proyecto acerca del servicio militar permanente en Cuba, en 1918, Ortiz señalaba que el país tenía ante sí peligros internos y externos. Los internos los veía en nuestra insuficiente cultura mental, moral y política. Y en cuanto a la amenaza externa, expresaba: "Nosotros cuando hablamos de que la independencia peligra, vemos siempre al coloso americano y pensamos que pueda absorbernos". En febrero de 1920, al firmarse la paz de Versalles, pronunció un discurso donde se muestra inconforme por la exclusión de la Unión Soviética de la Liga de las Naciones, ya que "el régimen de aislamiento a que se ha sometido a Rusia no es el de una estricta teoría de igualdad".

En la década de los años veinte desarrolla una intensa actividad política no partidista. Hay que destacar a este respecto, el "Manifiesto del 2 de abril de 1923 de la Junta de Renovación Cívica" (asociación que funda y preside) y su conferencia titulada "La Decadencia cubana" (1924). El Manifiesto está dirigido contra la corrupción administrativa de los poderes oficiales y los malos manejos del presupuesto nacional. En la conferencia, por su parte, se expone la situación intelectual, moral y económica en que ha quedado la república después de la crisis de los años veinte. Se destaca el crecimiento constante de las inversiones extranjeras en nuestra economía (industria azucarera, bancos, ferrocarriles, muelles, teléfonos, etc...). El final de la alocución plantea la incidencia de esta dependencia económica en nuestros regímenes políticos. Expresa Ortiz cómo el hecho de ser el capital fundamentalmente extranjero posibilita que gobernantes incapaces e insanos permanezcan en el poder, a pesar de sus fechorías, y agrega que esto no sería posible en un país donde el capital fuese verdaderamente nacional.

En la propia década del 20 se aleja Fernando Ortiz de la Cámara, adolorido por la situación política. Está defraudado de aquellos órganos legislativos. Llegará a plantear ante los grandes hechos políticos y sociales de aquellos momentos (Revolución de Octubre de 1917, constitución de la Federación Obrera de La Habana, creación de las primeras agrupaciones marxistas, establecimiento de la Federación Estudiantil Universitaria, auge de la protesta popular contra la crisis y el Ingerencismo, etcétera) algo realmente promisorio:

Puede —dice Ortiz— que en el proletariado cubano se encuentren las reservas que escasean para sustituir los polí-

ticos de las oligarquías fracasadas. Cuba necesita del proletariado, pues ningún pueblo está en más embarazosa situación: tenemos que cimentar la sociedad futura, y además tenemos que luchar con un atraso de medio siglo.

Hacia 1924 participa en las actividades del Grupo Minorista, que se pronuncia por una renovación en las letras y en las artes, pero que no olvida los problemas políticos y sociales de Cuba, de América y, en general, de la humanidad. En el seno de este movimiento se agrupan intelectuales de diversas generaciones, en él descollará una vanguardia marxista, integrada por Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, entre otros. Señalemos que será el propio Martínez Villena quien, en fecha tan temprana como julio de 1923, escribiría sobre Ortiz estas palabras:

Nada importa que la mayoría de sus obras sean menos conocidas en Cuba que en el extranjero; ni que lo mejor de su vida pública se halle perdido entre proyectos de ley que duermen en espera de más propicias legislativas; ni que éstos mismos discursos sean menos leídos de lo que, debieran serlo; a pesar de ello, con todo esto *Fernando Ortiz ha hecho Patria en la paz*. [El subrayado es nuestro. L.A.E.].

Apuntemos que, desde temprano, creyó Ortiz en la juventud como la fuerza llamada a transformar el ambiente político-cultural de aquella república. Confiaba en ella como la última esperanza que le quedaba a Cuba. Por eso, hacia el año 1920 expresó que "la política tiene que hacer lo que ha hecho la prensa nacional con mayor anticipación y acierto, entregarse a la juventud". Él mismo se encargaría de utilizar esta receta, y tuvo entre sus secretarios, en la propia década del 20, a jóvenes como Pablo de la Torriente Brau y Rubén Martínez Villena. Así, entre ellos, se establecería un intercambio de positivas influencias.

El año de 1926 es importante en la trayectoria de Fernando Ortiz. En esta fecha se aparta tanto de la política militante como de las ciencias criminalísticas. Pensamos que en el alejamiento de Ortiz del Partido Liberal influyera, además de la intervención de este partido en el fenómeno cooperativista de Machado, la política represiva impuesta desde los primeros momentos por el dictador, la adulación sin límites sobre los inexistentes méritos del presidente, y hasta la misma soberbia y vanidad del acertadamente llamado "asno con garras", quien había declarado en los Estados Unidos que las huelgas bajo su gobierno no durarían veinticuatro horas.

Aunque apartado de la politiquería partidista, no se margina Ortiz de la situación política del país. Combate a la tiranía machadista. En 1930, imprime un manifiesto en que exige la renuncia del presidente, de su gobierno, y de todo el congreso, y, además, la apli-

cación de sanciones contra todos aquellos que desde el poder hayan delinquido. En este artículo subraya las usurpaciones políticas acontecidas en nuestra vida republicana y sostenidas de facto por la intervención de la diplomacia norteamericana en Cuba y a espaldas del pueblo. Fernando Ortiz, como muchos otros, se ve obligado a tomar el camino del exilio.

En 1931 marcha a los Estados Unidos, donde se vincula con intelectuales y políticos liberales y prosigue sus tareas investigativas. Publica, asimismo, distintos artículos sobre la situación política de Cuba.

En carta a un adversario político de Machado, quien le consultaba sobre un Proyecto de Programa Mínimo de la Oposición, le dice que no se debe suprimir de ese Proyecto la alusión a las fuerzas extranjeras que apoyan a la dictadura machadista y que le otorgan la base de su existencia:

No es precisamente —advierte Ortiz— el derecho a una intervención "plattista" lo que nos da derecho a los cubanos de acercarnos a los elementos americanos para pedir su colaboración en la obra de restablecer la justicia en Cuba, sino, más que toda otra razón, la realidad consistente en que ciertas fuerzas o intereses, que aquí /en Estados Unidos/ tienen su raíz y desarrollo han tenido la culpa del brote presente de la tiranía en Cuba y de su permanencia. El problema de Cuba no es entre cubanos tan sólo.

Obsérvese cómo recalca en la responsabilidad de "ciertas fuerzas o intereses" de los Estados Unidos que prohijan la tiranía machadista. No obstante, creemos conveniente señalar que aquí precisamente se encuentra una limitación de su fecundo pensamiento. Ortiz no llegará a estructurar un pensamiento antimperialista consecuente, ya que los conflictos existentes entre Cuba y los Estados Unidos los entiende, unas veces, como resultado de ciertos intereses privados que predominan sobre el gobierno norteamericano y, en otras ocasiones, como el fruto de las actitudes irresponsables de personajes aislados de la diplomacia norteamericana. No logra comprender que el gobierno norteamericano responde invariablemente a los intereses de los grandes monopolios, los cuales, lógicamente, no están interesados en el desarrollo de las áreas independientes. A pesar de ello, justo es señalarlo, siempre que lo estimó oportuno, se refirió Ortiz a las nefastas consecuencias del imperialismo norteamericano, no tan sólo en nuestra patria, sino también en el resto de América. Recordemos, por ejemplo, cómo en una mesa redonda convocada por la Unión Panamericana, en Puerto Rico, para discutir los "medios de intensificar el conocimiento mutuo entre los países de América", denunció el apoyo de los Estados Unidos a las distintas tiranías que ensombrecían al continente latinoamericano.

Regresa a Cuba en 1933, al caer la dictadura machadista. Con motivo de la abrogación de la Enmienda Platt, publica un artículo en *Bohemia*, donde señala que la tal Enmienda jamás dio fruto de bendición, y que todas las usurpaciones, tiranías y dictaduras de Cuba las engendró en su vientre desdichado. Pero lo más sobresaliente, es que al final del trabajo plantea que el pueblo quiere tanto justicia como pan, y que si ambas cosas no se otorgan con presteza continuará una "enmienda invisible".

En 1941 participa de manera entusiasta en el progresista movimiento denominado "Por la Escuela Cubana en Cuba Libre", encabezado por el infatigable Emilio Roig de Leuchsenring. Con posterioridad, colaborará con Juan Marinello en su proyecto presentado al Congreso sobre una reorganización democrática de los planes educacionales.

Después de la Segunda Guerra Mundial, y ante la política de "guerra fría" promovida por la administración norteamericana, Fernando Ortiz toma parte activamente en la campaña por la preservación de la paz mundial. Publica varios artículos en ese sentido. Llega a ser Presidente del Congreso Nacional por la Paz y la Democracia, y es elegido Vicepresidente al Congreso Continental Americano por la Paz, celebrado en México, en septiembre de 1949.

La corrupción administrativa de los gobiernos de aquella república, especialmente de los auténticos (1944-1952), le hace aborrecer cada vez con mayor intensidad las responsabilidades político-administrativas. A tal efecto, es significativa su carta en respuesta a un periodista de *El Mundo* — fechada el 13 de julio de 1950— quien había publicado, de forma gratuita, que el sabio cubano aspiraba a la alcaldía de La Habana. Ortiz le responde que desde hace un cuarto de siglo no está afiliado a partido político alguno, y que no piensa volver a estarlo. Pero expresa que "como a todo ciudadano no deja de interesarle las vicisitudes de nuestra vida pública y las bochornosas peripecias de la cleptocracia que desde hace ya demasiados lustros parece ser nuestra forma de gobierno". Agrega, además, que cree "ser más útil en seguir dedicado a las investigaciones de la estructura social del pueblo cubano, para de esta forma disipar prejuicios y de cuando en cuando poner de relieve ciertas realidades humanas, pasadas y presentes, que se ignoran o no se quieren reconocer". Como puede observarse, los males de la vida republicana le hacen reafirmarse en la actitud asumida desde el año 1926: separación de la política de partido y atrincheramiento combativo en el campo de las investigaciones etnográficas, simultaneadas con su actividad cívica independiente de carácter progresista.

Por su correspondencia de estos años sabemos que sentía estimación por el Partido Ortodoxo. En nota a Manuel Bisbé, de fecha 6 de junio de 1951, le expresa que lee sus artículos periodísticos casi todos los días, y califica su política de "seria y ponderada". Y en carta a otro dirigente de ese partido, expresa su convicción de

que "no obstante la ausencia de su fundador", la ortodoxia aún podía hacer mucho a favor de Cuba.

Cuando triunfa la revolución, ya Ortiz frisa los 80 años. A partir de la década del 50 se va deteriorando ostensiblemente su salud; no obstante, aceptará con gusto formar parte del núcleo fundador de la Academia de Ciencias de Cuba.

Comprende que la Revolución era una necesidad imperiosa ante el régimen de terror implantado por la tiranía de Batista. En carta al folclorista argentino Félix Coluccio, fechada el 3 de abril de 1959, le expresa que "la conmoción revolucionaria que era de esperar por la intolerabilidad del régimen anulado, ha entrado con gran impulso y sigue causando una parábola que promete ir lejos".

En agosto de ese año publica un artículo en *Bohemia*, en el que saluda la ley de reforma agraria implantada por el Gobierno Revolucionario. Al final del trabajo —fiel a su posición crítico-construktiva— alerta a los jóvenes gobernantes para que su política refleje tres divisas fundamentales: ciencias, conciencia y paciencia.

En el prólogo a su documentada obra *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, escrito en noviembre de 1959, señala que los acontecimientos revolucionarios ya van siendo irreversibles. Y hacia las últimas páginas de este libro —en el que retoma su tesis expuesta en *Los negros brujos* de 1906, de que las supersticiones cristianas no van a la zaga de las que profesan los llamados pueblos primitivos— expresa que con el triunfo de la Revolución "brilló otra vez en Cuba la lucecita de Yara, con destellos de lucero en el alba nueva".

Por su extensa y fructífera producción científica, por su rica actividad de promoción cultural, y por su identificación con las más justas causas sociales de nuestro pueblo, pudo decir el compañero Armando Hart, miembro del Buró Político y Ministro de Cultura, en la velada solemne por el centenario del natalicio del sabio que "en la Cuba socialista está en pie Don Fernando Ortiz como figura egregia y pilar maestro de la cultura y de la ciencia".